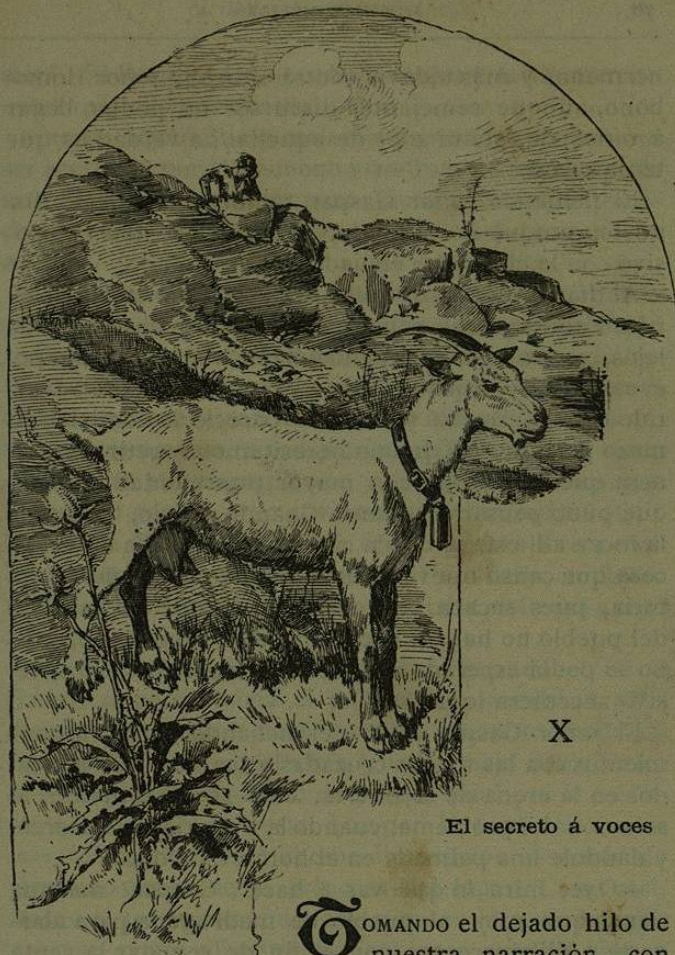


en el pueblo, Faquimos, es decir, hijos del Moro.»

Ya habrán caído en la cuenta los lectores, de que el Moro Faquimo desempeñaba el papel de trapantojo de deslices amatorios, y que todos los *malos frutos de la tierra* se los atribuían como hijos pegadizos, descendencia ya muy larga en la época á que nos referimos; aunque incluso Paquíloco, todo Villembrines estaba hasta el cabo de la calle de que el tal padrazgo era postizo. Bajo tal supuesto sépase sin asombro que cierto día hallaron un niño de pocas horas de nacido que recogió y crió el cura con mucho celo y cuidado, bautizándole con el nombre de Tomás Lupercio (porque en el día de este santo se le halló), y que el muchacho creció en edad á la par que en la costumbre y ejercicio de las faenas agrícolas. Á la edad de diez años se lo llevó tomándolo bajo su cuenta y protección el honrado señor Gaspar, y el niño se hizo mozo, siempre querido y protegido de los amos de la Granjilla.

Tal es la historia de Faquimo y de su padre el Moro.



X

El secreto á voces

TOMANDO el dejado hilo de nuestra narración, con propósito firme de no soltarle, diremos, que así como supo la señora Victoria, por boca de Faquimo, cómo su pobre sobrina estaba en el prado haciendo oficio de pastora, sujeta á los rigores del sol y las penalidades y sonrojos de un oficio que no la pertenecía, tomó una fuerte incomodidad rompiendo en denuestos y reconvenciones contra su

hermana, y más todavía contra el tirano señor Homobono, aunque semejantes discursos no podían llegar á oídos de éste ni á los de aquella. La verdad es que tenía razón.

El flemático señor Gaspar también manifestó disgusto, aunque á su modo, mostrándose más compasivo con la chica que enojado con su cuñado.

Al día siguiente, después de la siesta, Victoria ordenó á Faquimo que saliera al camino y observara de lejos, si también Manuelilla había venido al campo, encargándole mucho cuidado para que no fuera advertido de ella. Buena y mala le pareció la comisión al mozo por motivos que no necesitamos repetir, de manera que la cumplió con mayor puntualidad y sigilo que pudo pensarse su ama. Cuando volvió, dijo, que la moza allí estaba con la cabra, como el día anterior, cosa que causó nuevo y mayor enfado á la señora Victoria, pues sacaba en consecuencia que las hablillas del pueblo no habían hecho mella en Homobono, y así no se podía esperar sino que de entonces para lo sucesivo sucediera lo mismo.

El señor Gaspar estaba escuchando estos razonamientos con las manos cruzadas y los ojos muy afincados en la arena de la huerta, cual si allí estuviera la solución del problema, cuando la Victoria se le acercó, y dándole una palmada en el hombro, le dijo:

—Oye, mira lo que vas á hacer, Gaspar: mañana tienes que subir al pueblo de madrugada para alargarte á Villatorreznos con el fin de rematar la venta del espárrago, ¿no es así? Pues bien, al dil, entras en casa de Antonia y dices: que como en cuanto venga el Esteban la chica ya no podrá venir más por acá, que me he empeñado yo en tenerla á mi lado más que sea por cuatro días; que la pongan lista, pues que tú la recogerás al venirme. Y lo haces así, con lo cual evitaremos ese suplicio en que me la tienen. ¡Pobrecica

mía! ¡Si levantara su madre los ojos y la viera como una rapazuela cualquiera!...

Gaspar objetó que semejante pretensión podría no ser aceptada por Homobono y dar lugar á un altercado que ellos debían evitar; pero Victoria hizo punto redondo en la cuestión, repitiendo lo dicho con mayor energía.

Faquimo, que oyó todo esto, le pareció que el cielo y la tierra se juntaban ó sucedía otra perturbación análoga en el orden de las cosas, pues no recordó haberse hallado jamás en parecido embroque como el que le aguardaba con la venida de Manuelilla. ¿Cómo, teniéndola en casa, á todas horas delante, como quien dice, evitar la contemplación y éxtasis de los ojos, y el sonrojo si por ella eran advertidas tales miradas? ¡Qué angustias iba á pasar y qué cruda guerra á empeñar con su loco y extraviado corazón! Pero nada, no había remedio. Por otro lado temía la visita del cura; pero aquella tarde no vino, felizmente.

Apenas clareaba el día siguiente cuando el señor Gaspar se partió hacia el pueblo, con lo cual ya pueden figurarse mis lectores lo triste que se le pondría á Faquimo el rostro y el alma y qué linaje de reflexiones le servirían de alivio de penas, igual por la mañana, que durante la siesta, que por la tarde. Sobre las seis, los ladridos de Mahoma anunciaron el suspirado y temido arribo de la princesa del lugar. Casi, casi, dando al traste con todos los reparos y consideraciones, se ponía alborozado Faquimo, cuando vino á aguarle la fiesta la figura de don Ezequiel, quien despojado de hábitos, pero vestido de negro de los pies á la cabeza, venía caballero en un macho, al opuesto lado de Manuelilla que el tío Gaspar. Ella y su tío caminaban sobre jumentos.

Pusieron fin á la caminata y se apearon, recibiendo cien saludos y agasajos de la Victoria; Faquimo no se

atrevió á saludar á Manuelilla ni al cura, y tuvo como feliz suceso que todos se entraran en la casa, quedándose él para llevar á la cuadra los jumentos, dejando antes amarrada á una reja la caballería de don Ezequiel. Hecho esto, parecióle prudente, para evitar el temido sermón, irse con los otros mozos de labor que continuaban preparando las tierras para los sembrados de la segunda cosecha. Tomó una laya de tres dientes, y con actividad asombrosa comenzó de muy buena fe á remover la tierra y á cantar, con todos sus pulmones, coplas disparatadas como la presente :

«Yo he visto á un pavo segar,
á un gallo coger espigas,
y á una gallina trillar.
No lo creas que es mentira.»

Con esto movió á risa y buen humor á todos los presentes, sin que él se explicara por qué en tales circunstancias le venían deseos de bullanga.

—Chico—le dijo un mozo—¿cómo ayer estabas triston, que no quisiste probar bocado de la cena, y ahora cantas como un descosido?

—Á la cuenta—añadió otro—la novia le habría hecho guiños con el izquierdo, y hoy se habrán arreglado otra vez.

Faquimo, sin hacer caso, siguió cantando con mayores gritos; pero con enojosos recelillos de que andándose los mozos en semejantes suposiciones, viniesen á caer en la cuenta de su malhadado amor.

En esto sintió que le llamaban desde lejos: volvióse y ¡horror! la figura de don Ezequiel se destacaba cual miedoso y colosal aguilucho, haciéndole señas de que se acercase. No tuvo otro remedio que hacerlo así; pero con tan pícaro temblor en todo el cuerpo y tal congoja en el espíritu, que en ninguna de ambas cosas cabía disimulación.

El cura tomó pacíficamente por una senda que apartaba de la casa y de los labradores, y con aquel hablar reposado que le era propio dijo así:

—Vamos á ver, buen Tomás. No todos los males nos los envía Dios, que también el diablo, por meterse donde nadie le llama, echa su cuarto á espadas trastornando á los hijos de Adán, lo cual consiente el Señor para escarmiento nuestro; á diferencia de otros males que Él nos envía para ejercitar nuestra virtud y nuestra paciencia: como las enfermedades, pongo por caso. Bien: tú eres de natural rústico, pero no eres tonto ni soberbio, y amén de algún puntillo negro que tenemos, eres bueno; pero hijo, el pícaro Pateta te atrapó de lo firme. Y como yo tengo tan buena vista, ¿estamos? como yo *guipo* siempre lo que se ve y lo que no se ve... pues: don Ezequiel no tuvo otro remedio sino verlo. Advertí que estabas muy contento la noche de San Antonio, y me chocó que te emborracharas, tú que jamás traspasaste la medida del mosto; bien que la pusieras ras con ras muchas veces; y luego tantas turbaciones y tristezas me alarmaron, hasta que la casualidad hizo que te sorprendiera *in fraganti*. Pero ahora vamos á cuentas. ¿Por qué te escondías entre las matas? ¿Qué pretendías?

Faquimo no contestó.

Don Ezequiel se detuvo á la sombra de un peral, miró por mucho rato al mozo, que estaba cabizbajo y confuso, y al cabo de esta pausa continuó:

—Vamos á cuentas; porque conmigo no valen engaños, muchacho. Satanás te dijo al oído, la noche de marras, muchas cosas malas, ¿verdad? Y luego, durante todo el día siguiente... tú diste mil vueltas en la cabeza al empecatado plan, y después... como la hallaste sola, en el campo... las matas eran crecidas... Eh? Vamos, confiesa.

Al pobre Faquimo un sudor se le venía y otro se le

iba, golpeábale el corazón como mazo sobre yunque, temblaba como azogado, y cual si fuera sordo-mudo de nacimiento, no osó despegar los labios durante la larga pausa que siguió á las palabras de don Ezequiel.

—¡ Ah, empecatada criatura! —continuó éste.—¿ Con que callas? ¿ con que es verdad? ¡ Vestiglo! ¿ Y no sabes que aquello que mienta el sexto mandamiento es la mayor y más horrible ofensa que cabe hacer á Dios y á su Santísima Madre? ¿ y que no admite parvedad de materia?

Este discurso fué para el mozo rayo de luz y chispa eléctrica al mismo tiempo, pues haciendo un enérgico ademán dijo:

—Padre, juro por ésta—é hizo la señal de la cruz con la mano derecha,—y Dios que me escucha bien sabe que digo verdad, que la miro con un respeto y un... vamos, que mismamente se me figura, cuando está delante, que es la Virgencica de los Cardos. Y aunque la quiero mucho, mucho... vamos, señor cura: le juro á usted que no tuve nunca esos pensamientos.

Pueden figurarse los lectores la estupefacción del buen cura al oír lo que decía el ingenuo penitente. Pasó un rato en que sólo chistaron las moscas, y, por último, el acusador tomó nuevamente la palabra:

—¿ De manera que no es aquel demonio grosero y monstruoso el que nos ha picado, sino ese otro travieso y parlero que dice floreos y habla de amores? Pero hijo... Faquimo... tú, que siempre fuiste humilde, pones los ojos en la sobrina de tu amo? ¿ No ves que esto es un orgullo sin disculpa? ¿ Le has dicho algo?

—No señor, nada.

—Pero cuando estás delante de ella, ¿ están esos ojos quedos?

—Sí, señor.

—¿ No se escurren con disimulo? Vamos...

—Un poco, pero...

—¿ Qué pero?

—Que yo procuro de que no me vea; por eso me escondía entre las matas. No crea usted, que aunque tengo tan pocas luces, ya veo yo que no me está á mí bien el quererla; y cuando platico yo solo, conmigo mismo, ¿ entiende usted? me digo muchas perrerías y me doy muchos regaños; pero nada, nada basta: ahora me aflijo y avergüenzo y luego me estoy embobado como una criatura, con que si es bonita y tiene los ojos garzos. Pero no tenga usted cuidado, pues he dicho que no ha de saber ella ni esto, y no lo sabrá.

El lector comprenderá el ademán que acompañó á esta frase, marcando aquel *esto* tan pequeño como un canto de uña.

—Te encuentro más razonable de lo que pensaba—repuso el cura;—pero es menester que todavía entiendas más claramente lo inferior que tú eres al lado de ella y de todos los suyos, para que apartes de tu imaginación todas esas fábulas y sueños; que eso, no es más que aire, aire, Faquimo, aire. Al diablo le dió por soplar, y ahora, quien debe soplar eres tú, tú, ¿ me entiendes? Debes soplar para que se alejen esas nubes de tempestad. Es preciso que la olvides y te acostumbres á mirarla con respeto y compostura: como si la estuvieras pidiendo perdón de tus locuras.

—¿ Pero cómo voy á hacer eso?

—Pues haciendo un poder.

—Padre, pero si cierro los ojos cuando estoy solo para no verla (que mismamente parece estar delante de mí en carne y hueso); y la veo; y tomo una laya y me pongo al trabajo, y allí me la encuentro; y hasta en el jarro cuando voy á echar un trago, y entre la paja en el pajar, y á donde quiera que vaya me parece verla? Cuanto más me empeño en no verla, más claramente está su retrato plantificado delante de mis ojos. ¿ Cómo quiere usted que la olvide?

—¡ Ah, miserable que estás trastornado por Belcebú! Si tú entendieras latines y yo tuviera mejor memoria para acordarme de lo que dicen aquellos Santos Padres de la Iglesia sobre el amor mundano, ¡qué de cosas te diría, tan á propósito, para que vieras el daño que te haces con esas locuras! Pero no importa que no me acuerde, pues tal vez tu corto magín no podría entender razones tan altas. Vamos á ver: ven aquí, mentecato, y dime si puedes ver á nadie que no esté delante y más con los ojos cerrados; y si porque nos acordemos de una persona puede nacer en medio de la tierra como un pepino ó una calabaza; y si nadie puede hallar dentro del jarro á sus conocidos; y dime, por último, si no es una manifiesta sandez figurarte que la encuentras en el pajar; sitio por demás bajo, para admitir su presencia. ¿Ves cómo todo esto son mentiras de la pícara imaginación? Lo que decía Jesucristo: Hay hombres que tienen ojos y no ven, que tienen oídos y no oyen: esto te pasa á ti.

—No, si no es eso: quise decir que la tengo siempre en la memoria, y por eso me parece que la tengo delante á todas horas. Pero, bueno; diga usted: ¿es pecado que yo la quiera porque es sobrina de mi ama?

El cura se quedó muy perplejo, pues los argumentos con que él abultaba la cuestión á los ojos de Faquimo para desterrar el fatal cariño, venían al suelo con tan inesperada pregunta, y al cabo de un rato contestó en estos términos:

—Mira, muchacho; si tus amos lo supieran, ¿qué piensas que te harían?

—Reñirme y tal vez echarme de su casa.

—Pues he aquí la cuestión: tú ofendes á tus amos y aun á la muchacha; de manera que ofendes á Dios, porque los amos son Dios en la tierra; y más para ti que no tienes padres. Con que, olvídala, y no seas loco.

—Bueno, pues yo procuraré olvidarla, como usted me dice—repuso con la cara muy triste.

—Mira: el Señor nos manda las desgracias cuando las merecemos ó cuando nos hacen falta, porque nos traen algún bien: ahí tienes tú, la quinta, para ti es un bien, pues como tiene que tocarte por fuerza, te vas y santas pascuas; la ausencia es medicina infalible para tu enfermedad. No había caído yo antes en esto. Nada, nada, la quinta te cura, en poco tiempo, radicalmente.

Con estas palabras terminaron los razonamientos de don Ezequiel y Tomás. Luego volvió éste con los labradores, y tomando su laya y la faena en el punto que la dejó, púsose á meditar silencioso y visiblemente entristecido.

—¿Qué sermón le habrá echado á éste el padre cura—dijo uno de los mozos—que está como si le hubieran dao cañazo?

—Chico—le preguntó otro—¿te ha puesto pena de excomunión, ó cómo vienes con esa cara de achicorias?

—¿Y qué le importa á *nadie* lo que me ha dicho?—exclamó Faquimo con súbito enojo.

—Vamos, muchacho, canta y no hagas caso—dijo uno más pacífico.

—¡Hola, hola, cómo se altera su merced!—repuso un burlón.

—¡Está el horno *pa* bollos!—añadió con sorna otro.

Excusamos continuar apuntando las réplicas y contrarréplicas que se cruzaron entre Faquimo y los mozos; además, nos lo vedarían algunos términos que, por demasiado castizos, no se hallan en el Diccionario, con los que aquellos buenos hablistas salpimentaron el altercado. Tuvo fin éste con la determinación mejor que pudo tomar el mozo, cual fué la de dejar en paz el campo y sus faenas y venirse á la casa.

Al poco regresaron también los labradores.

Faquimo andábase por la cuadra, de intento para no rozarse con ellos, pensando mil dislates sobre su desesperada suerte. Al cabo se echó á la espalda, como suele decirse, todos los consejos y amonestaciones del cura, y vino á dar en un pensamiento, que era como fin fatal y verdadero del negocio; el cual pensamiento tenía explicación muy del gusto de Tomás en el siguiente cantar, que soltó con todos sus pulmones, como si de este modo diera más valor á su pensamiento:

«Lo mismo es decirme á mí
que te olvide y no te quiera,
que decirle al sol que pare
en medio de su carrera.»

Escucháronle los mozos, lo cual dió por resultado provocar nuevas risas y burlas.

- ¿Te ha dicho el cura que la olvides?
- Pues te enmiendas á pesar de la excomunión.
- ¿Lo dices tan alto para que lo escuche ella?

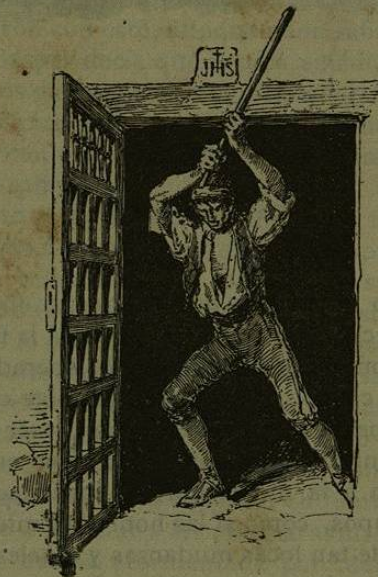
Tales bromas vinieron á parar en veras muy formales, pues Faquimo, corrido y quemado, tomó una tranca y salió con ella de la cuadra dirigiendo denuestos y amenazas; pero le contuvieron, y luego el señor Gaspar, con media docena de tacos y otra media de razones templadas, puso en orden y paz á todos.

Para colmo y remate de desgracias, cuando acabada la pendencia con los mozos entraba Tomás todo contristado por el zaguán, se topó de manos á boca con Manuelilla, y sin chistar la miró por un buen rato como queriendo decirla el pensamiento del cantar, como desafiándola, con empeño de que le entendiera con toda su alma.

Ella le entendió de sobra y se puso encendida como una amapola.

Y aquella noche, antes de dormirse, el mozo no pudo menos de considerar, lleno de despecho y de angustia, que su amor empezaba á ser el *secreto á voces*; mas como todo esto era fantasmagórico, pues bajo el prisma del amor veía la cuestión en peores términos que los naturales, plantósele en 'el magín' el empeño de que no era sólo don Ezequiel quien sabía de pe á pa sus desdichas, sino que también los mozos lo habían adivinado, y por lo tanto, al otro día, á más tardar, todo el pueblo estaría enterado.

Además, á Manuelilla se lo había dicho él mismo con aquel estúpido modo de mirarla. La conclusión de semejante soliloquio fué, que él era un torpe, que estaba descubierto y perdido, y que sólo Dios sabría el final de aquel belén.





XI

De mal á peor

A sí como en tiempo de primavera, en medio de un día claro se le arruga el ceño á la faz del cielo, y luego dora la tierra con un inesperado destello de su ojo de cíclope, y más tarde se aflige en circunstancia intempestiva, concluyendo por hacer pucheros, y torna á sonreirse después, para caer en horrible desesperación á la media hora, y echar tacos y apedrear los campos, como si las honradas mieses tuviesen la culpa de tan locas mudanzas y crueles melancolías; igual Faquimo, en aquellos días que sufría el

suplicio de Tántalo, pasaba de apacible bienestar á angustioso llanto, de alegrías extremadas á insufrible malhumor, de tristes, pero tranquilos razonamientos, á violenta desesperación y tremendas intenciones de pegar con todo y destruir todo.

Vivía inquieto, no comía, andaba ojeroso, siendo lo peor, que no cerraba los párpados en toda la noche, y si, por casualidad, le rendían el sueño ó la fatiga, era tan intranquilo y singular su sueño, que aporreaba á cualquier mozo de sus vecinos en el camastro ó despertaba de súbito pegando gritos desaforados, con lo que ponía á todos, mal de su grado, en sobresalto, robándoles el sosiego. Fuè menester ponerlo á dormir solito en el pajar, cosa de que él se alegrò mucho, pues la principal causa de sus desvarios nocturnos era que, en durmiéndose, platicaba recio, lo cual sospechò él que había concluído de delatarle á los mozos, quien le embromaron con esto, aunque nada sabían.

El señor Gaspar decía que estaba aojado, empeñándose todos los días en llamar al saludador ó darle unas hierbas medicinales; mas Faquimo porfiaba que no estaba enfermo, atribuyendo todos sus males al mal suceso de la quinta.

Á todo esto él había hecho propósito firme de no abrir la puerta á su pasión, tratando de apagar el fuego á la chita callando. Cada media hora se convencía de nuevo, con repetidos discursos (como si no lo estuviera ya), de lo conveniente que este proceder le era, y tomando valor, creíase más fuerte que Sansón; pero si la mala suerte le ponía delante á la muchacha, entonces quedaba perplejo y más débil que una oveja, pugnando por mirar á hurtadillas y disimular, cosa esta última que, según su creencia, en fuerza de la costumbre, vino á ejecutar á las mil maravillas.

Ella, como estaba atormentada por idéntica enfermedad y por esa penetración propia de su sexo, había

entendido muy á las claras cuya era la causa de los desvarios nocturnos y melancolias diurnas del desdichado Tomás, y tan bien como él comprendía lo fatal que podía serles que se descubriera su mutua pasión, mostrábase en presencia de él con mal ceño, esquivada y disgustada. Esto sirvió para que Faquimo se convenciera más y más de que, lejos de mirarle bien, le aborrecía.

La vida de aquella casa era la de siempre: en pie al rayar el alba; durante la mañana tía y sobrina á cuidar el palomar, el gallinero y hacer la limpieza de la casa; á mediodía la comida, la siesta de una á tres, luego á hacer labor al ladito del abuelo que contaba mientras tanto cuentos, consejas y sucesos pasados, y así hasta la caída de la tarde en que tomando el fresco en el jardinillo que estaba delante de la casa, se charlaban con el tío Gaspar sobre las faenas y asuntos del día, que lo eran muy interesantes la cojera de alguna caballería, la enfermedad de Faquimo, las últimas nuevas del pueblo, cómo se presentaba la cosecha ú otras zarandajas de menor interés; y concluída la cena, que era á las ocho corriditas, al nido cada cual como las gallinas. Tal era la vida patriarcal, llena de aquel rústico encanto de la famosa *edad de oro*, de que nos habla Cervantes por boca de Don Quijote, que en la Granjilla se hacía.

Yéndose el tiempo en éstas y las otras, pasados siete días desde la fiesta de San Antonio, el octavo, que estaba caluroso y pesado, no pudiendo Manuelilla dormir la siesta, se salió á una pieza contigua, y en cuya ventana, una gruesa cortina, velando la luz, mantenía el recinto en dulce sombra. Mucho gustó de esto la muchacha; además, el rumor de algún que otro pajarillo, el piafar de alguna caballería en la cuadra, que justamente allí debajo caía, el arrullo ó cercano vuelo de cualquier paloma y ese sonido indefinible de la

atmósfera en un día caluroso en que no se mueve un pelo, hacía tan apacible y encantadora la estancia, que Manuelilla se acomodó en un sofá de paja, no sabía bien si con deseo de dar expansión al llanto ó á la ilusión. El amor tiene estas crisis indefinibles. Mucho fué y volvió por senderos parecidos á los que con tanta frecuencia recorría Faquimo; y cuando así discurría hizola abrir los ojos, que para más atender á sus pensamientos tenía cerrados, el quedo susurro de una voz que cantaba fuera. Levantóse, fué callandito hacia la ventana, y antes de asomarse, pudo entender la canción que era así:

Tengo una pena en el alma
que no ceso de llorar;
sólo me sirve de alivio
el continuo suspirar.

La copla no podía engañarla: con mucho cuidado separó un poquito la estera, y casi debajo de la ventana, junto á la puerta de la cuadra, estaba el pobre, tendido á la larga, con la cabeza recostada sobre su brazo derecho que hacía oficio de almohada.

«¡Pobre Tomás—pensó ella—no tiene otro consuelo que inventar coplas!»

En efecto, Faquimo estaba ejercitando su ingenio en traducir á versos sus sentimientos.

Estuvieron un buen rato, Manuelilla sin respirar ni moverse, mirando al mozo por el hueco que formaba la cortina, y Faquimo murmurando sus canciones, creyéndose tan solo, cual si en un cuarto cerrado se hallara. Luego dejó de cantar y estuvo algún espacio sin moverse, entregado, sin duda, á sus acostumbrados quebraderos de cabeza; al cabo de los cuales, dando un gran suspiro, tomó el hilo de sus musicales pasatiempos con la siguiente:

«Mañana por la mañana,
antes de que salga el sol,
en el quicio de tu puerta
dejaré mi corazón.»

Cansado de la postura, se esperezó, poniéndose boca arriba, y la mala suerte le hizo advertir rumor como de roce de vestidos en la ventana y ligero movimiento en la cortina, lo cual le sorprendió. En esto oyó á la señora Victoria preguntar á la sobrina cómo no estaba echando la siesta, y contestar ésta que por causa de la *mucha calor* se había desvelado; y volver á preguntar la tía que quién cantaba hacia poco, y contestar la chica que Faquimo.

Entonces se asomó Victoria, y le dijo:

—Pero, hombre, yo no te entiendo á ti; por las noches pegas coces y mojicones, como si tuvieras el demonio en el cuerpo, y á lo mejor te da por echar coplas.

—¿Y qué quiere usted? Cuando uno está dormido, está como en otro mundo, y claro, hace uno disparates. ¿Qué le tengo yo de hacer á eso? En denantes cantaba porque... porque á la fuerza tiene uno de buscar *distraición*... Como no he podido dormir...

—Pues á la fuerza nos has hecho á todos mal de ojo, porque ésta dice que se ha desvelado y yo tampoco pude echar mi siesta enterita. Ello es que algo te sucede á ti, que no quieres decir.

—No haga usted caso, señora—dijo un mozo que en aquel momento salía de la cuadra—si éste lo que tiene es que anda enamorado. ¿No le oye usted cantar que si no pueden quererle, y que más que le digan que la olvide no la puede olvidar?

—¡Boca de Judas!—exclamó Faquimo.—¿Quién te pregunta cuántos años tienes, ni qué sabes tú de lo que me pasa? ¿No he dicho yo que es que no quiero dil á servir al rey?

—Ea! ¿Ya empezamos, muchachos?

—Pero, señora, si es tan verdad como el sol! Pues si decía la otra noche: nada, señor cura, que es tan bonita como la Virgen de los Cardos.

—Otra. ¿Pero callarás, maldito bocaza?—gritó el ofendido, levantándose de mal talante.

—Quien sus va á hacer callar á los dos, voy á ser yo. ¡*Jinojo* con los muchachos éstos! ¡Si parecen gallos en riña!

Quien así decía, era el señor Gaspar, desde la ventana más próxima á la que ocupaban su mujer y su sobrina.

Ésta, que por disimular mejor, venía riéndose de toda la cuestión, lo hizo entonces á carcajadas por el último dicho del tío; lo cual visto por Faquimo, á la par que la incomodidad de los amos y las burlas del mozo, se desesperó tanto que, rompiendo en tremenda tempestad de palabras mal sonantes, dejóse caer otra vez en el suelo, exclamando:

—¡Todos pegan conmigo en lugar de darme consuelo! Pero ya verán cómo el mejor día me echo una sogá al cuello, y se concluyó. ¡Y todo porque soy hijo del moro, y vuelta con el moro!...

—Calla, borrego, y no desbarres—dijo la Victoria.

—Pero, ¿á que le importunáis vosotras?—repuso el señor Gaspar.—Si sus lo tengo dicho: al loco y al aire darle calle; dejarle en paz y no gastar bromas con él. Vamos, véte de ahí, Anselmo.

Con esto todos se fueron, y Faquimo pudo al cabo entrarse á la cuadra, donde despechado lloró á sus anchas, consolándose con sus propias penas, que otro pañuelo de lágrimas no tenía. ¡Habíase reído de sus desdichas Manuelilla!... Este pensamiento era como un puñal que tuviera clavado en medio del corazón.

Entre tanto, en la pieza baja donde pasaban la tarde el abuelito, Victoria y la muchacha, estaban los tres: aquél en su sillón con las manos cruzadas y el rostro

tranquilo como su alma; la tía hilando; la sobrina cosiendo unos pañolitos. De pronto dijo Victoria:

—Chica; pero ¿cómo has traído tantos pañuelos para hacer dobladillos?

—Pues una docena que tenía guardados en un cofre la tía Antonia.

—Eso es: quiere que no malgastes el tiempo mientras estás fuera de casa. Ya entiendo yo á mi hermanita, ya; y ya sé también por qué no consentía en dejarte venir: su intención era que hicieras allí, á su lado, la ropa de boda. Pues esos pañuelos, ¿dices tú que los tenías en un cofre?

—Sí señora, muy guardaditos con unas sábanas y unos refajos.

—¿A ver? Déjame ver los pañuelos.

Y después de examinarlos, exclamó:

—Tate, tate, pero si son los que la regaló doña Angustias (Dios la haiga perdonado) á mi hermana cuando se casó. ¡Válgame el Señor, y qué miserable que es Homobono! todo por no gastar en nueva ropa! Claro, aunque no se han usado, está la tela pasada ya, y vieja.

—Victoria—murmuró el abuelo;—¿y dices que son de la ropa de boda?

—Pues claro. ¿Que no adivino yo las partidas del Judas ese? Le da de lo que tienen guardado.

—Pero bien. ¿De dónde sabes tú que esos pañuelos serán para cuando la boda de la chica? ¿Tan pronto quieres que se case?

—Anda, anda, que no ví yo las cirimonias con que recibieron al tal don Lucas el día de San Antonio. Ya se lo he dicho á usted, padre, y verá usted cómo no me equivoco, eso va muy deprisa; ya lo verá usted.

—Hija, no se casa tan pronto la gente; mira que esta es una chiquilla aún...

—Le digo á usted que Homobono y la Antonia están

lampaos por el Esteban; y el alcaldito... no sé, pero se me figura que les tiene mucha inclinación por aquello que yo me sé. Porque en ca Igualada, no hay que darle vueltas, no es oro todo lo que reluce; y... en fin, ya no es aquella holgura de su padre, el difunto don Blas; aquél sí tenía, pero éste ha tenido sus faltillas como aquel que dice, particularmente de poco tiempo á esta parte y por orgullo quiere hacer el papelón.

Manuelilla escuchaba todo esto sin chistar.

—Y si no vamos á ver, muchacha. ¿Á ti qué te ha dicho la Antonia? ¿Son los pañuelos para cuando te cases, sí ó no?

—Sí señora—contestó la sobrina, poniéndose como la grana;—pues aunque á mí no me dijo nada, así lo hablaron ella y el tío.

—¡Qué tal! ¿Ve usted, padre, como no me equivocaba?

—Pero el caso es...—murmuró Manuelilla.

—¿Qué, hija?

—Que la tía me encargó mucho que nada dijera de esto aquí...

—Que no dijeras nada, eh? Para luego hacernos creer que todo era recién compradito. Pero á todas estas, muchacha: ¿tú quieres al Esteban? ¿Te ha dicho él alguna cosa?

—Él no me dijo sino... así, chicoleos; pero su padre y los tíos me aseguran que me quiere mucho.

—Bueno, y dinos la verdad. ¿Tú le quieres? No creas que voy á reñirte porque me digas que sí.

Manuelilla se encontró en muy grande apuro, pues se le ocurría la idea de decir que sí, no más que porque no se descubriera su verdadero amor; por otro lado le inspiraba tan pocas simpatías el tal Esteban, que se resistía á fingir semejante afección; y además, estaba tan llena de vergüenza y de tal modo le latía el corazón, que no era dueña de meditar con calma. La

tía Victoria la estrechó tanto, que al cabo alzó la mirada, púsola con gran fijeza en el rostro de la tía, y contestó:

—No señora, no le quiero.

—¿No me engañas?

—No, tía, no.

—Pues entonces, ¿cómo es que suspiras tanto, y á lo mejor estás como pensativa? Esta noche pasada, sin ir más lejos, yo te he sentido dar vueltas en la cama; tú no has dormido bien, ni has echado siesta. Di que lo quieres y no te atreves á confesarlo. Pero, hija, el chicuelo ese será como su padre: con aquel fuero y aquella cosa, como si todo el pueblo fuera suyo. Lo que es yo, si te casas con él, ni á ti, ni á mi hermana, ni al Homobono, sus vuelva á ver más el pelo: ya lo sabes. Pero tú le quieres...

—Que no, que no, le digo á usted; que no le quiero, tía.

—Esto será como lo que le pasó á la Milagro—dijo el abuelo—la madre del señor Frutos; entonces era yo mozo y tenía las piernas bien listas, y vía los pájaros que había en la torre de la iglesia desde el camino. Pues sucedió que cuando don Remigio empezó á rondarla y á decirle cosas, ella ¿qué había de hacer caso? Nada; en viéndole por un lado, ella escapaba por otro; en fin, le tomó aborrecimiento, ¡pero cómo! Venía su madre y la decía:—«Mira que te quiere mucho y es tan bueno y tan listo.» Porque él era un muchacho muy listo. Vaya, sentía crecer la hierba aquél. Y la muchacha contestaba:—«Calle usted, madre, que si no hubiera en todo el pueblo más hombre que él y por fuerza quisieran casarme, ¡no me casaba, no me casaba!» Se ponía ella así: «¡No me casaba, madre!» Y luego, ¿qué sucedió? Que él, como la veía tan así, tan enfadada... cuando él estaba delante (porque le ponía muy mal ceño), entonces se entristeció y estuvo malo, que en

poco no se muere. Y de que ella vió que la odiaba, entonces le empezó á querer. Tanto le quiso, que tuvieron los padres que hablar al chico y traerle á casa. Luego, cuando le decía su madre:—«Pero, chica, ¿cómo antes, lo mismo era verle, parecía como si vieras al mesmo Demonio y ahora le quieres tanto?» y decía ella:—«Es que para querer á los hombres de veras, es menester que alguien se ponga en frente; pero como todos estaban ustedes trayéndome en andas, no le podía ver ni en pintura.»

